

asustaba por el contrario, por lo mismo que con el decreto de 8 de Agosto, habíase anunciado la indispensable bancarrota, y dicho se está que esta suspensión de pagos al quitarle al gobierno todo el mérito de haber convocado los *Estados generales*, dejaba á la agitación y al desasosiego público libre carrera.

Creyése, en efecto, por un momento que iba á estallar en París un conflicto sangriento. Los banqueros, los bolsistas, los agiotistas, todos cuantos viven del capital, estaban aterrorizados y consternados, el gobierno había declarado que no podía pagar, y nadie podía asegurar lo que resolverían los *Estados generales* que todo el mundo presentía que iban á inaugurar un tiempo nuevo, sobre las deudas del antiguo régimen, de aquí que no se oyera más que un coro de maldiciones contra el obispo de Sens que se vió obligado á implorar la protección de la reina para escapar del furor de sus enemigos, y lo que es más, el mismo apoyo de Necker para continuar adelante, que se negó en redondo á compartir el descrédito del ministro, y así acabó su vida ministerial Lomenie de Brienne en medio de la indignación pública, que aún fué mayor cuando supo los grandes obsequios y mercedes que le hicieron los reyes al aceptar su dimisión, mercedes que llegaron á constituirle una renta de seiscientos mil libras, y esto á los diez y seis días de haber convocado á los *Estados generales*.

¿Cómo extrañarnos, cuando conocemos hoy la marcha de los sucesos del gran cambio que Young, que por segunda vez visitaba á Francia, y Brissot, que regresaba á ella después de solos seis meses de ausencia, notan en el estado de la opinión pública? ¿Estos seis meses no los llena el Parlamento haciendo, como diríamos hoy, liberalismo y soberanía nacional? ¿Cuando el Parlamento calla, no son las provincias las que durante seis meses hacen una y otra cosa, ya, hasta en nombre de la nación? ¿No es, en fin, el gobierno quien procura apoyarse en el Tercer estado para resistir la oposición facciosa de los privilegiados? ¿Cuando el pueblo tenía por pedagogos gente tan autorizada; cuando sabía que el mismo Epremesnil había dicho en la sociedad de los *Amigos de los negros* que era ya necesario *desborbonizar* la Francia, podía el pueblo, podía la nación francesa dejar de interesarse por la cosa pública, cuando todos los órdenes privilegiados pedían un cambio de gobierno?

Véase cómo juzga Chérest, tan pacato y tan amigo de la monarquía constitucional, el gobierno de Brienne:

«Durante el ministerio de Brienne, se había apoderado de los ánimos de las clases dominantes una efervescencia general. Los que tenían mayor interés en respetar la clave de la bóveda que sostenía el antiguo régimen, fueron los que más se empeñaron en quebrantarla. Apenas si, en los últimos días, las decisiones de las Asambleas de Lambesc y de Vizille principiaron á desilusionarles. Hasta entonces, se habían creído los señores absolutos de la situación. A menudo se ha dicho con la señora de Staël que revolución alguna puede triunfar en un gran país, si no principia en las clases aristocráticas. Y bien; esta vez en Francia la aristocracia había tomado resueltamente la iniciativa. Retenida por el hábito de una silenciosa resignación, el pueblo no había tenido más que dejarla hacer. La misma burguesía había disimulado sus aspiraciones y sus esperanzas, de suerte que no inspiraba inquietud alguna. Añádase la debilidad del gobierno, incapaz de la menor resistencia, no sabiendo precisamente qué es lo que tenía que reprimir ó lo que tenía que fomentar, y se comprenderá, porque el conjunto de la obra produce esfuerzos que nada contraría, y porque tuvo que marchar con una rapidez extraordinaria.

»Si, por lo menos, los privilegiados, llevados de un súbito ardor al asalto del poder absoluto, se hubiesen limitado á pedir la convocación de los *Estados generales*, y hubiesen procurado obtenerlos por medios regulares, no habrían contraído tan enorme responsabilidad. Pero, bajo pretexto de acabar más pronto con lo que ellos llamaban el despotismo ministerial, zaparon la autoridad real en lo que tenía de más legítima y necesaria. Traicionaron el secreto de su debilidad, hicieron saber á Francia que esta tan temible autoridad, y hasta entonces tan temida, no era más que un fantasma. Escrupulo alguno les contuvo. Cuando tuvieron necesidad del tumulto, no vacilaron en llamarlo en su auxilio, sin temer que un día el tumulto se volviera contra ellos. Provocaron la insubordinación en el ejército, y llegaron hasta el punto de hacer un crimen á los oficiales nobles que permanecían fieles á su deber, en frente de una insurrección de la nobleza, sin pensar que á su vez sargentos y soldados se prevaldrían de su doctrina para rehusar batirse contra una insurrección popular.

»Gracias á ellos, el período que se extiende desde el cierre de la Asamblea de los notables es un período de anarquía material y moral. Seguramente sería un error y una injusticia asimilar esta anarquía de origen aristocrático con la anarquía revolu-

cionaria, que iba muy pronto á cambiar la faz de Francia. No ofrecen, de seguro, el mismo carácter de gravedad. Difieren por la extensión y profundidad del desorden, por la proporción de la sangre derramada, por la acumulación de ruínas. Pero, en fin, se siguen sin interrupción y sin descanso. La una conduce á la otra por una pendiente fatal. Es, pues, todavía un error de más bulto, una injusticia más irritante abrir la historia de la Revolución á primeros de 1789, escuchar los primeros truenos del volcán popular, y decir: «Hé aquí las tristes consecuencias de las ideas de libertad y de igualdad, imprudentemente defendidas; bajo el imperio de esas ideas disolventes, el tumulto nace por sí mismo, sin provocación inmediata, y revienta de súbito, en medio de un cielo sereno; *hé aquí la anarquía espontánea.*» Remontad, pues, á los dos años precedentes, á 1787 y á 1788, como acabamos de hacerlo, y encontraréis el origen de los desórdenes que deploráis. Sin trabajo seguiréis su filiación. Reconoceréis que la anarquía revolucionaria desciende en línea directa de la anarquía privilegiada.»

Los contemporáneos no opinaban de distinta manera que Chérest. Dejemos por un momento á Lafayette y Mirabeau, á Brissot y á Meunier, á Weber, á Sallier, á Bezenval, á Staël, y á todos los que más ó menos tomaron puesto principal en la revolución y en la reacción. Acudamos al prudente, al tímido, al pacato Malouet, al que siempre quiso aliar las libertades públicas con el trono, al fundador del *Club de los imparciales*, y pidámosle que juzgue con imparcialidad ese período precursor de la revolución. Hé aquí su juicio: «Yo ví en 1788, bajo el ministerio del arzobispo de Sens, todos los pronósticos de una revolución en el gobierno. Tres partidos se habían ya pronunciado. Uno de ellos quería atribuirse toda la parte de influencia de que se despojaba al rey, y resistir las pretensiones del Tercer estado. El segundo ansiaba una guerra abierta á las dos primeras órdenes, y ponía ya las bases de un gobierno democrático. El tercer partido, que entonces era el más numeroso, aunque fuese el de los hombres más prudentes, temía la efervescencia de los otros dos, quería temperamentos, reformas, pero nada de revolución.» ¿Y qué hace el gobierno, en vista de estas tres tendencias? «El gobierno no se pronunció por este último partido, ni quiso tomar su dirección é imprimirle su actividad.» Desde el momento, pues, en que el gobierno abandonaba á los prudentes, ¿qué había de suceder, si se empeñaba en tomar una posición intermediaria entre los

que le combatían abiertamente y los que no querían defenderlo sino en provecho propio? La anarquía. Es decir, siempre la misma conclusión y siempre la misma responsabilidad para la aristocracia, el clero y la magistratura del antiguo régimen.

Esta anarquía que tanto se ha atribuido á la revolución hasta en sus tormas, es un producto del antiguo régimen. ¿No se ha dicho una y otra vez que fueron los clubs los que organizaron la anarquía? Pues los clubs aparecen en París en 1782 y es su fundador y protector el duque de Chartres, es decir, el hijo del duque de Orleans, el que en 1830 fué Luis Felipe I de Francia. El fué el fundador del primer *club político*, y si bien es cierto que al constituir esta sociedad era un niño, pues nació en 1773, no se olvide que en el antiguo régimen se envejecía pronto y que á los 19 años era ya general y había sabido conquistarse su faja al frente de los batallones patrióticos que se batían contra los veteranos de Federico el Grande de Prusia, por la independencia de Francia y por su libertad. Los hombres pudientes del antiguo régimen, sin embargo, habían calificado á los clubs de *planta antimonárquica*, según expresión de Sinac de Meilhan, y el abate Morellet, dice: «Los que han observado á París desde la primera Asamblea de los notables en 1787, saben la agitación que en los clubs se sentía: discutíanse en ellos todas las cuestiones, todos los planes, todos los proyectos; y esos clubs se multiplicaban bajo todas las formas, y el número de sus asociados aumentaba sin cesar. Es, sin duda, á esas reuniones á las que se debe atribuir la rapidez con que se propagó ese gran movimiento de los espíritus en la capital, y de ella á las provincias, precursor de movimientos más violentos y peligrosos.» Esto no se crea que son simples apreciaciones particulares. El barón de Breteuil hubo de creerlo así, ya que durante su mando llegó á cerrar los clubs del Palais Royal, obligando de esta suerte á sus socios á llevar sus reuniones á los cafés, teniendo en vez de diez clubs un centenar. Conste, pues, que los clubs, buenos ó malos, que esto no hemos de discutirlo, son de origen monárquico, y que fueron los aristócratas franceses quienes crearon lo mismo. Los círculos de lectura de Rennes, que el club político de Palais Royal, que el club de salón, centro de la flor y nata de la más alta sociedad francesa, que no dejó de creerse por esto obligado á protestar del cierre del club político.

Reanudemos ahora la marcha de los sucesos.

Lomenie de Brienne había bien, á pesar suyo, solicitado el concurso de Necker que le fué negado,

el obispo, pues, había convencido á los reyes de que sólo el hacendista suizo estaba en situación de hacer frente al conflicto económico que amenazaba con la revolución violenta, pues, como ya lo notó Tocqueville y confirmó Chérest, fué la banca la que se arrojó tan de lleno á la propaganda revolucionaria que, si se quería prevenir el incendio, era indispensable apagar sus primeros chispazos, Necker

era, en efecto, banquero, era riquísimo, estaba bien conceptuado en la opinión, y como siempre había dicho que él salvaría la Hacienda, acabó la gente por creerlo, por todo lo cual, era seguro que la noticia de su nombramiento con entrada en el Consejo lo que antes se le había negado, había de apaciguar los ánimos y producir un período de calma favorable á la resolución de los conflictos pendientes.



DE SEZE

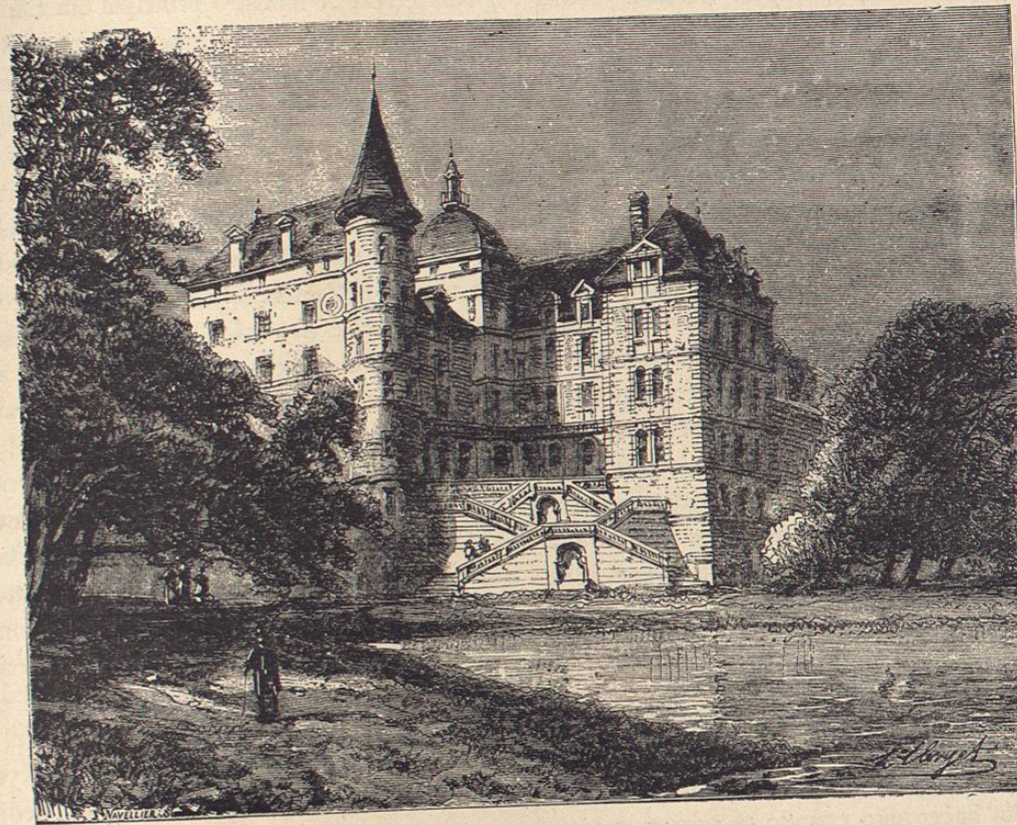
¿Pero aceptaría Necker el gobierno? El hombre que apenas hacía un año había sido desterrado por el rey, y que en el destierro vivía, tendría bastante magnanimidad de alma para acudir al rey en sus apuros? La corte temía también por su parte una negativa, así se arregló de modo que el agravio fuera indirecto. Valióse, pues, del embajador de Austria, el consejero más íntimo de María Antonieta, quien, sin duda, conocía mejor á Necker que la corte, pues, desde el primer momento salió garante de su aceptación.

Necker, en efecto, no se hizo rogar, le devoraba según expresión de su hija, la nostalgia del poder, y aún cuando de pronto puso sus condiciones, tan

pronto fué recibido en Versalles en el salón de la reina en donde el rey le había citado, Necker lo olvidó todo para convertirse en el más firme aliado de la monarquía y de la dinastía. La corte empero no olvidó. La reina afectó tratar con mayor distinción á la nieta de Lomenie que á la hija de su gran ministro, ella y su camarilla creyeron siempre que todos los planes del obispo habían fracasado por los manejos ocultos de Necker. El rey no podía sufrir en modo alguno al plebeyo endiosado por su fortuna y talento, y no ocultaba que sólo las circunstancias le habían hecho ceder, y su resolución de espiar los pasos de un hombre de quien desconfiaba por completo. Necker era también objeto de des-

confianza por parte de los hombres á quienes no se ocultaba que los sucesos habían caminado tanto, que Necker no había de poder seguir su paso. Es Besenval quien lo dice. «En cuanto á los hombres que juzgan friamente la situación, estos dudan de que Necker pueda dar cima á las grandes ideas, que las circunstancias apremiantes del día exigirán de él.»

Resulta, pues, que de un lado todo era entusiasmo y alegría; de otro todo recelos y desconfianzas, del otro todo temores. ¿Qué había, pues, de suceder al primer fracaso? La corte que jugaba su última carta iba á quedar sin juego, y en efecto, el juego iba á continuar sin contentar á nadie. Pero aquí lo grave estaba en que producida la desilusión, el pueblo, la nación había de acudir á los hombres



Castillo de Vizille

nuevos, á los hombres que desde hacía mucho tiempo se revelaban como amigos de novedades peligrosas, y dicho se está que una vez roto el antiguo mal de que se servía para hacer ministros, era muy difícil preveer por falta de experiencia lo que podría salir del nuevo. Pueblo, corte y apasionados corrían ahora tras de una desilusión atroz, y aún cuando temida y presentida, los que creyeron posible el desencanto nada organizaron para poder prevenir sus efectos; todos corrían tras de lo desconocido como arrastrados por una funesta fatalidad.

Necker, que había abandonado el poder la primera vez llevándose á su retiro todas las esperanzas de un pueblo que había visto en él su salvador, iba ahora á abandonarlo en medio de la más glacial indiferencia, acusado por los más benévolos de incapaz, y por los más acalorados de traidor. Los

partidarios del antiguo régimen, por lo que se ve, son los que más alta idea tenían de la capacidad política y financiera de Necker, ya que son éstos los que le acusan de haber traicionado la situación, sólo porque no pudo salvarla. ¿Era esto posible? ¿Quién podía remontar el curso de los sucesos? ¿No se había prometido solemnemente convocar los *Estados generales* para el 1.º de Mayo de 1789? ¿Cómo faltar á lo ofrecido? ¿Quién tenía fuerzas bastantes para imponerse á la nación, dispuesta visiblemente á exigirlos hasta á tiros por las calles? Nadie, de seguro, más leal al rey y á la monarquía que Necker.

Había el antiguo ciudadano de una república intransigente y reaccionaria olvidado en Francia sus opiniones políticas ginebrinas, y si de las palabras de su hija y de otros que le conocieron resulta que hubiera deseado un gobierno á la inglesa, tam-